

**Antonio Machado**



**Soledades**

Poesías

**textos.info**  
biblioteca digital abierta

---

# **Soledades**

**Poesías**

Antonio Machado

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

## **Texto núm. 7704**

---

**Título:** Soledades

**Autor:** Antonio Machado

**Etiquetas:** Poesía

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 16 de septiembre de 2022

**Fecha de modificación:** 16 de septiembre de 2022

---

Edita **textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# I. El viajero

Está en la sala familiar, sombría,  
y entre nosotros, el querido hermano  
que en el sueño infantil de un claro día  
vimos partir hacia un país lejano.

Hoy tiene ya las sienes plateadas,  
un gris mechón sobre la angosta frente;  
y la fría inquietud de sus miradas  
revela un alma casi toda ausente.

Deshójanse las copas otoñales  
del parque mustio y viejo.  
La tarde, tras los húmedos cristales,  
se pinta, y en el fondo del espejo,

El rostro del hermano se ilumina  
suavemente. ¿Floridos desengaños  
dorados por la tarde que declina?  
¿Ansias de vida nueva en nuevos años?

¿Lamentará la juventud perdida?  
Lejos quedó—la pobre loba—muerta.  
¿La blanca juventud nunca vivida  
teme, que ha de cantar ante su puerta?

¿Sonríe al sol de oro  
de la tierra de un sueño no encontrada;  
y ve su nave hender el mar sonoro,  
de viento y luz la blanca vela hinchada?

Él ha visto las hojas otoñales,  
amarillas, rodar, las olorosas  
ramas del eucaliptus, los rosales  
que enseñan otra vez sus blancas rosas...

Y este dolor que añora o desconfía  
el temblor de una lágrima reprime,  
y un resto de viril hipocresía  
en el semblante pálido se imprime.

Serio retrato en la pared clarea  
todavía. Nosotros divagamos.  
En la tristeza del hogar, golpea  
el tic-tac del reloj. Todos callamos.

## II

He andado muchos caminos,  
he abierto muchas veredas,  
he navegado en cien mares  
y he atracado en cien riberas.

En todas partes he visto  
caravanas de tristeza,  
soberbios y melancólicos  
borrachos de sombra negra,

y pedantones al paño  
que miran, callan y piensan  
que saben, porque no beben  
el vino de las tabernas.

Mala gente que camina  
y va apestando la tierra...

Y en todas partes he visto  
gentes que danzan o juegan,  
cuando pueden, y laboran  
sus cuatro palmos de tierra.

Nunca, si llegan a un sitio,  
preguntan adónde llegan.  
Cuando caminan, cabalgan  
a lomos de mula vieja,

y no conocen la prisa  
ni aun en los días de fiesta.  
Donde hay vino, beben vino,  
donde no hay vino, agua fresca.

Son buenas gentes que viven,  
laboran, pasan y sueñan,  
y en un día como tantos,  
descansan bajo la tierra.



La plaza y los naranjos encendidos  
con sus frutas redondas y risueñas.

Tumulto de pequeños colegiales,  
que al salir en desorden de la escuela,  
llenan el aire de la plaza en sombra  
con la algazara de sus voces nuevas.

¡Alegría infantil en los rincones  
de las ciudades muertas!...  
¡Y algo nuestro de ayer, que todavía  
vemos vagar por estas calles viejas!



## IV. En el entierro de un amigo

Tierra le dieron una tarde horrible  
del mes de julio, bajo el sol de fuego.

A un paso de la abierta sepultura,  
había rosas de podridos pétalos,  
entre geranios de áspera fragancia  
y roja flor. El cielo  
puro y azul. Corría  
un aire fuerte y seco.

De los gruesos cordeles suspendido,  
pesadamente, descender hicieron  
el ataúd al fondo de la fosa  
los dos sepultureros...

Y al reposar sonó con recio golpe,  
solemne, en el silencio.

Un golpe de ataúd en tierra es algo  
perfectamente serio.

Sobre la negra caja se rompían  
los pesados terrones polvorientos...

El aire se llevaba  
de la honda fosa el blanquecino aliento.

—Y tú, sin sombra ya, duerme y reposa,  
larga paz a tus huesos...

Definitivamente,  
duerme un sueño tranquilo y verdadero.



## V. Recuerdo infantil

Una tarde parda y fría  
de invierno. Los colegiales  
estudian. Monotonía  
de lluvia tras los cristales.

Es la clase. En un cartel  
se representa a Caín  
fugitivo, y muerto Abel  
junto a una mancha carmín.

Con timbre sonoro y hueco  
trueno el maestro, un anciano  
mal vestido, enjuto y seco,  
que lleva un libro en la mano.

Y todo un coro infantil  
va cantando la lección:  
mil veces ciento, cien mil,  
mil veces mil, un millón.

Una tarde parda y fría  
de invierno. Los colegiales  
estudian. Monotonía  
de la lluvia en los cristales.

## VI

Fué una clara tarde, triste y soñolienta,  
tarde de verano. La hiedra asomaba  
al muro del parque, negra y polvorienta...  
La fuente sonaba.

Rechinó en la vieja cancela mi llave;  
con agrio ruido abrióse la puerta  
de hierro mohoso y, al cerrarse, grave  
golpeó el silencio de la tarde muerta.

En el solitario parque, la sonora  
copla borbollante del agua cantora,  
me guió a la fuente. La fuente vertía  
sobre el blanco mármol su monotonía.

La fuente cantaba: ¿Te recuerda, hermano,  
un sueño lejano mi canto presente?...  
Fué una tarde lenta del lento verano.

Respondí a la fuente:  
No recuerdo, hermana,  
mas sé que tu copla presente es lejana.

Fué esta misma tarde: mi cristal vertía  
como hoy sobre el mármol su monotonía.  
¿Recuerdas, hermano?... Los mirtos talares,  
que ves, sombreaban los claros cantares  
que escuchas. Del rubio color de la llama,  
el fruto maduro pendía en la rama,  
lo mismo que ahora. ¿Recuerdas, hermano?...  
Fué esta misma lenta tarde de verano.

—No sé qué me dice tu copla riente  
de ensueños lejanos, hermana la fuente.

Yo sé que tu claro cristal de alegría  
ya supo del árbol la fruta bermeja;  
yo sé que es lejana la amargura mía  
que sueña en la tarde de verano vieja.

Yo sé que tus bellos espejos cantores  
copiaron antiguos delirios de amores:  
mas cuéntame, fuente de lengua encantada,  
cuéntame mi alegre leyenda olvidada.

—Yo no sé leyendas de antigua alegría,  
sino historias viejas de melancolía.

Fué una clara tarde del lento verano...  
Tú venías solo con tu pena, hermano;  
tus labios besaron mi linfa serena,  
y en la clara tarde, dijeron tu pena.

Dijeron tu pena tus labios que ardían:  
la sed que ahora tienen, entonces tenían.

—Adiós para siempre, la fuente sonora,  
del parque dormido eterna cantora.  
Adiós para siempre, tu monotonía,  
fuente, es más amarga que la pena mía.

Rechinó en la vieja cancela mi llave;  
con agrio ruido abrióse la puerta  
de hierro mohoso y, al cerrarse, grave  
sonó en el silencio de la tarde muerta.

## VII

El limonero lánguido suspende  
una pálida rama polvorienta,  
sobre el encanto de la fuente limpia,  
y allá en el fondo sueñan  
los frutos de oro...

Es una tarde clara,  
casi de primavera;  
tibia tarde de marzo,  
que al hálito de abril cercano lleva;  
y estoy solo, en el patio silencioso,  
buscando una ilusión cándida y vieja:  
alguna sombra sobre el blanco muro,  
algún recuerdo, en el pretil de piedra  
de la fuente dormido, o, en el aire,  
algún vagar de túnica ligera.

En el ambiente de la tarde flota  
ese aroma de ausencia,  
que dice al alma luminosa: nunca,  
y al corazón: espera.

Ese aroma que evoca los fantasmas  
de las fragancias vírgenes y muertas.

Sí, te recuerdo, tarde alegre y clara,  
casi de primavera,  
tarde sin flores, cuando me traías  
el buen perfume de la hierbabuena,  
y de la buena albahaca,  
que tenía mi madre en sus macetas.

Que tú me viste hundir mis manos puras  
en el agua serena,

para alcanzar los frutos encantados  
que hoy en el fondo de la fuente sueñan...

Sí, te conozco, tarde alegre y clara,  
casi de primavera.

## VIII

Yo escucho los cantos  
de viejas cadencias,  
que los niños cantan  
cuando en coro juegan,  
y vierten en coro  
sus almas que sueñan,  
cual vierten sus aguas  
las fuentes de piedra:  
con monotonías  
de risas eternas,  
que no son alegres,  
con lágrimas viejas,  
que no son amargas  
y dicen tristezas,  
tristezas de amores  
de antiguas leyendas.

En los labios niños,  
las canciones llevan  
confusa la historia  
y clara la pena;  
como clara el agua  
lleva su conseja  
de viejos amores,  
que nunca se cuentan.

Jugando, a la sombra  
de una plaza vieja,  
los niños cantaban...

La fuente de piedra  
vertía su eterno  
cristal de leyenda.



Cantaban los niños  
canciones ingenuas,  
de un algo que pasa  
y que nunca llega:  
la historia confusa  
y clara la pena.

Vertía la fuente  
su eterna conseja:  
borrada la historia,  
contaba la pena.

## IX. Orillas del Duero

Se ha asomado una cigüeña a lo alto del campanario.  
Girando en torno a la torre y al caserón solitario,  
ya las golondrinas chillan. Pasaron del blanco invierno,  
de nevascas y ventiscas los crudos soplos de infierno.  
Es una tibia mañana.  
El sol calienta un poquito la pobre tierra soriana.

Pasados los verdes pinos,  
casi azules, primavera  
se ve brotar en los finos  
chopos de la carretera  
y del río. El Duero corre, terso y mudo, mansamente.  
El campo parece, más que joven, adolescente.

Entre las hierbas alguna humilde flor ha nacido,  
azul o blanca. ¡Belleza del campo apenas florido,  
y mística primavera!

¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera,  
espuma de la montaña  
ante la azul lejanía,  
sol del día, claro día!  
¡Hermosa tierra de España!

# X

A la desierta plaza  
conduce un laberinto de callejas.  
A un lado, el viejo paredón sombrío  
de una ruinoso iglesia;  
a otro lado, la tapia blanquecina  
de un huerto de cipreses y palmeras,  
y, frente a mí, la casa,  
y en la casa, la reja,  
ante el cristal que levemente empaña  
su figurilla plácida y risueña.  
Me apartaré. No quiero  
llamar a tu ventana... Primavera  
viene—su veste blanca  
flota en el aire de la plaza muerta—;  
viene a encender las rosas  
rojas de tus rosales... Quiero verla...

## XI

Yo voy soñando caminos  
de la tarde. ¡Las colinas  
doradas, los verdes pinos,  
las polvorientas encinas!...  
¿Adónde el camino irá?  
Yo voy cantando, viajero  
a lo largo del sendero...  
—La tarde cayendo está—.  
«En el corazón tenía  
la espina de una pasión;  
logré arrancármela un día:  
ya no siento el corazón».

Y todo el campo un momento  
se queda, mudo y sombrío,  
meditando. Suena el viento  
en los álamos del río.

La tarde más se oscurece;  
y el camino que serpea  
y débilmente blanquea,  
se enturbia y desaparece.

Mi cantar vuelve a plañir:  
«Aguda espina dorada,  
quién te pudiera sentir  
en el corazón clavada».

## XII

Amada, el aura dice  
tu pura veste blanca...  
No te verán mis ojos;  
¡mi corazón te aguarda!

El aura me ha traído  
tu nombre en la mañana;  
el eco de tus pasos  
repite la montaña...  
No te verán mis ojos;  
¡mi corazón te aguarda!

En las sombrías torres  
repican las campanas...  
No te verán mis ojos;  
¡mi corazón te aguarda!

Los golpes del martillo  
dicen la negra caja;  
y el sitio de la fosa,  
los golpes de la azada...  
No te verán mis ojos;  
¡mi corazón te aguarda!

## XIII

Hacia un ocaso radiante  
caminaba el sol de estío,  
y era, entre nubes de fuego, una trompeta gigante,  
tras de los álamos verdes de las márgenes del río.

Dentro de un olmo sonaba la sempiterna tijera  
de la cigarra cantora, el monorritmo jovial,  
entre metal y madera,  
que es la canción estival.

En una huerta sombría,  
giraban los cangilones de la noria soñolienta.  
Bajo las ramas oscuras el son del agua se oía.  
Era una tarde de julio, luminosa y polvorienta.

Yo iba haciendo mi camino,  
absorto en el solitario crepúsculo campesino.

Y pensaba: «¡Hermosa tarde, nota de la lira inmensa  
toda desdén y armonía,  
hermosa tarde, tú curas la pobre melancolía  
de este rincón vanidoso, obscuro rincón que piensa!».

Pasaba el agua rizada bajo los ojos del puente.  
Lejos, la ciudad dormía  
como cubierta de un mago fanal de oro transparente.  
Bajo los arcos de piedra el agua clara corría.

Los últimos arreboles coronaban las colinas  
manchadas de olivos grises y de negruzcas encinas.  
Yo caminaba cansado,  
sintiendo la vieja angustia que hace el corazón pesado.

El agua en sombra pasaba tan melancólicamente,

bajo los arcos del puente,  
como si al pasar dijera:

«Apenas desamarrada  
la pobre barca, viajero, del árbol de la ribera,  
se canta: no somos nada.  
Donde acaba el pobre río la inmensa mar nos espera».

Bajo los ojos del puente pasaba el agua sombría.  
(Yo pensaba: ¡el alma mía!)

Y me detuve un momento,  
en la tarde, a meditar...  
¿Qué es esta gota en el viento  
que grita al mar: soy el mar?

Vibraba el aire asordado  
por los élitros cantores que hacen el campo sonoro,  
cual si estuviera sembrado  
de campanitas de oro.

En el azul fulguraba  
un lucero diamantino.  
Cálido viento soplaba  
alborotando el camino.

Yo, en la tarde polvorienta,  
hacia la ciudad volvía.  
Sonaban los cangilones de la noria soñolienta.  
Bajo las ramas oscuras caer el agua se oía.

## XIV. Cante hondo

Yo meditaba absorto, devanando  
los hilos del hastío y la tristeza,  
cuando llegó a mi oído,  
por la ventana de mi estancia, abierta

a una caliente noche de verano,  
el plañir de una copla soñolienta,  
quebrada por los trémolos sombríos  
de las músicas magas de mi tierra.

...Y era el Amor, como una roja llama...  
—Nerviosa mano en la vibrante cuerda  
ponía un largo suspirar de oro  
que se trocaba en surtidor de estrellas—.

...Y era la Muerte, al hombro la cuchilla,  
el paso largo, torva y esquelética.  
—tal cuando yo era niño la soñaba—.

Y en la guitarra, resonante y trémula,  
la brusca mano, al golpear, fingía  
el reposar de un ataúd en tierra.

Y era un plañido solitario el soplo  
que el polvo barre y la ceniza aventa.



## XV

La calle en sombra. Ocultan los altos caserones  
el sol que muere; hay ecos de luz en los balcones.

¿No ves, en el encanto del mirador florido,  
el óvalo rosado de un rostro conocido?

La imagen, tras el vidrio de equívoco reflejo,  
surge o se apaga como daguerreotipo viejo.

Suena en la calle sólo el ruido de tu paso;  
se extinguen lentamente los ecos del ocaso.

¡Oh, angustia! Pesa y duele el corazón. ¿Es ella?  
No puede ser... Camina... En el azul la estrella.

## XVI

Siempre fugitiva y siempre  
cerca de mí, en negro manto  
mal cubierto el desdeñoso  
gesto de tu rostro pálido.  
No sé dónde vas ni dónde  
tu virgen belleza tálamo  
busca en la noche. No sé  
qué sueños cierran tus párpados,  
ni de quien haya entreabierto  
tu lecho inhospitalario.

.....  
Detén el paso, belleza  
esquiva, detén el paso...

Besar quisiera la amarga,  
amarga flor de tus labios.

## **XVII. Horizonte**

En una tarde clara y amplia como el hastío,  
cuando su lanza blande el tórrido verano,  
copiaban el fantasma de un grave sueño mío  
mil sombras en teoría, enhiestas sobre el llano.

La gloria del ocaso era un purpúreo espejo,  
era un cristal de llamas, que al infinito viejo  
iba arrojando el grave soñar en la llanura...  
Y yo sentí la espuela sonora de mi paso  
repercutir lejana en el sangriento ocaso,  
y más allá, la alegre canción de un alba pura.

## XVIII. El poeta

*Para el libro La casa de la primavera, de Martínez Sierra.*

Maldiciendo su destino  
como Glauco, el dios marino,  
mira, turbia la pupila  
de llanto, el mar que le debe su blanca virgen Scyla.

Él sabe que un Dios más fuerte  
con la sustancia inmortal está jugando a la muerte  
cual niño bárbaro. Él piensa  
que ha de caer como rama que sobre las aguas flota,  
antes de perderse, gota  
de mar, en la mar inmensa.

En sueños oyó el acento de una palabra divina;  
en sueños se le ha mostrado la cruda ley diamantina  
sin odio ni amor, y el frío  
soplo del olvido sabe sobre un arenal de hastío.

Bajo las palmeras del oasis el agua buena  
miró brotar de la arena;  
y se abrevó entre las dulces gacelas, y entre los fieros  
animales carniceros...

Y supo cuánto es la vida hecha de sed y dolor.  
Y fué compasivo para el ciervo y el cazador,  
para el ladrón y el robado,  
para el pájaro azorado,  
para el sanguinario azor.

Con el Eclesiastés dijo: Vanidad de vanidades,  
todo es negra vanidad;  
y oyó otra voz que clamaba, alma de sus soledades:  
sólo eres tú, luz que fulges en el corazón, verdad.

Y viendo cómo lucían  
miles de blancas estrellas,  
pensaba que todas ellas  
en su corazón ardían.  
¡Noche de amor!...

Y otra noche  
sintió la mala tristeza  
que enturbia la pura llama,  
y el corazón que bosteza,  
y el histrión que declama.

Y dijo: las galerías  
del alma que espera están  
desiertas, mudas, vacías:  
las blancas sombras se van.

Y el demonio de los sueños abrió el jardín encantado  
del ayer. ¡Cuán bello era!  
¡Qué hermosamente el pasado  
fingía la primavera,  
cuando del árbol de otoño estaba el fruto colgado,  
miserable fruto podrido,  
que en el hueco acibarado  
guarda el gusano escondido!

¡Alma, que en vano quisiste ser más joven cada día,  
arranca tu flor, la humilde flor de la melancolía!

## XIX

¡Verdes jardinillos,  
claras plazoletas,  
fuente verdinosa  
donde el agua sueña,  
donde el agua muda  
resbala en la piedra!...

Las hojas de un verde  
mustio, casi negras,  
de la acacia, el viento  
de septiembre besa,  
y se lleva algunas  
amarillas, secas,  
jugando, entre el polvo  
blanco de la tierra.

Linda doncellita,  
que el cántaro llenas  
de agua transparente,  
tú, al verme, no llevas  
a los negros bucles  
de tu cabellera,  
distráídamente,  
la mano morena,  
ni, luego, en el limpio  
cristal te contemplas...

Tú miras al aire  
de la tarde bella,  
mientras de agua clara  
el cántaro llenas.

## Antonio Machado



Antonio Machado Ruiz (Sevilla, 26 de julio de 1875 – Colliure, 22 de febrero de 1939) fue un poeta español, el más joven representante de la generación del 98. Su obra inicial, de corte modernista (como la de su hermano Manuel), evolucionó hacia un intimismo simbolista con rasgos románticos, que maduró en una poesía de compromiso humano, de una parte, y de contemplación casi taoísta de la existencia, por otra; una síntesis que en la voz de Machado se hace eco de la sabiduría popular más ancestral. Dicho en palabras de Gerardo Diego, «hablaba en verso y

vivía en poesía». Fue uno de los alumnos distinguidos de la Institución Libre de Enseñanza (ILE), con cuyos idearios estuvo siempre comprometido. Murió en el exilio en la agonía de la Segunda República Española.

Su obra poética se abrió con Soledades, escrito entre 1901 y 1902, y casi reescrito en Soledades. Galerías. Otros poemas, que publicó en octubre de 1907.

Durante su estancia en Soria, Machado escribió su libro más noventayochista, Campos de Castilla, publicado por la editorial Renacimiento en 1912. Sus protagonistas son las tierras castellanas y los hombres que las habitan. Le siguió la primera edición de sus Poesías completas (1917), en la que se incrementan los libros anteriores con nuevos poemas y se añaden los poemas escritos en Baeza tras la muerte de Leonor, los populares «Proverbios y cantares» —«poemas breves, de carácter reflexivo y sentencioso»—, y una colección de textos de crítica social, dibujando la España de aquel momento. En 1924 publicó las Nuevas canciones, recuperando materiales escritos en Baeza y aún en Soria, y mezclando ejemplos de sentenciosa poesía gnómica y análisis en torno al hecho de la creación poética, con paisajes soñados, algunas galerías y los primeros sonetos que se le conocen.

Las ediciones de Poesías completas de 1928 y 1933 incluyeron algunos de los textos adjudicados a sus dos apócrifos, «Juan de Mairena» y «Abel Martín» —maestro de Mairena—, y en la edición de 1933 las primeras Canciones a Guiomar.

En 1936, en vísperas de la guerra civil española, publicó: Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo. El estallido de la rebelión militar impidió la difusión del volumen que durante años permaneció en el limbo de lo desconocido.